

LA BATAJILLA

Periódico de Ideas y Crítica

(PORTE PAGADO)

Año III - Núm. 79

Conocer y propagar una idea no es suficiente, se requiere aun más: ser consecuente con la idea misma.

REDACCION Y ADMINISTRACION: GUADALUPE 1669

OCTUBRE 20 DE 1918

APARECE LOS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

ADMINISTRADORA: MARIA COLLAZO

LA POLITICA Y LA VERDAD

UNA OPINION DE PESO

El imperio de la política es, el imperio de la mentira. De todas las enseñanzas que la vida me ha proporcionado, la más acerba, más inquietante, más irritante para mí, ha sido convencerme de que la especie menos frecuente sobre la tierra es la de los hombres veraces. Yo he buscado en torno, con mirada suplicante de naufrago los hombres a quienes importase la verdad, lo que las cosas son por sí mismas y apenas he hallado alguno. Los he buscado cerca y lejos, entre los artistas y entre los labradores, entre los ingenuos y los «sabios». Como Iba Bata, he tomado el palo peregrino y he hecho ría por el mundo en busca, como él, de los santos de la tierra, de los hombres de alma especular y serena que reciben la pura reflexión del ser de las cosas. Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo! — Si: congoja de ahogo siento, porque un alma necesita respirar almas afines, y quien ama sobre todo la verdad, necesita respirar aire de almas veraces. No he hallado alrededor sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestas solo a usar de las cosas como les conviene. Política se hace en las academias y en las escuelas, en el libro de la historia, en el gesto rígido del hombre moral y en el gesto frívolo del libertino, en el salón de las damas y en la celda del monje.

JOSE ORTEGA Y GASSET.

La hora actual

Flagelados por todos los oprobios, azotados por todos los castigos, aparece la hora actual, marcando nuevos desastres en las carnes de los pueblos. El horror de la guerra; las legiones de locos, de inútiles, cuerpos tronchados; y las epidemias devastadoras, como una anunciación pavorosa. Cúmulos de castigos se acercan. Castigos para los pueblos que consintieron en su castración; castigos por haber sido mansos; castigos por ser rebañados y castigos por tantas culpas.

Envuelta en sombras fatídicas, entre presagios nefastos, con perspectivas sombrías de ambición y renuncianción, así aparece el presente, palpitando en las convulsiones agónicas de un mundo estremecido por las últimas fuerzas.

Y la salida, el amanecer, el «después» de tanta horrorosidad, el ansia investigadora empeñada en decifrar, y el espíritu optimista estableciendo cálculos y viviendo sueño, todo en la vorágine enloquecedora, todo contaminado de las llamas que se levantan. Todo es denunciador de convulsión, todo exige el impulso trágico en este desesperado momento de fatalidad plena. A la devastación que cruza no podrá oponerse, sino la desvastación; en el caos, solo resta para volver al orden, engendrar el desenfreno colérico de un nuevo fanatismo por un punto de partida salvador.

Sólo resta atizar la hoguera, precipitar los desenlaces tenebrosos, imponer, en un resurgimiento de ancestralismos, la consigna de una nueva fé y que se consuman y que se despedacen los legionarios de las horgias en la procura de una llegada redentora.

No son palabras de paz las que hay que sembrar. No es con mansedumbres con lo que nos encaminaremos en pro de las justas recondiciones. De esos cuerpos tronchados, de esas almas deshechas hay que pedirles cuentas a los culpables.

De esas pestes, de esas epidemias, de cuanto flagelo hay, hay que establecer responsabilidades. Y si es nuestra cobardía, la cobardía

colectiva de los pueblos, una parte fundamental, responsable, hay que desear por siempre esa cobardía. De ahí que ha llegado la hora de que intervengamos los pueblos en la guerra; pero que intervengamos en la guerra con la guerra, para imponer después la verdadera paz, la paz de los pueblos libres económica y políticamente.

¡LA RAZA!

Hombres que sentís en vuestros cuerpos los microbios engendrados por una vida de privaciones crueles; hombres del trabajo, que habitáis en un tugurio, que trabajáis en unantro; hombres que no sabéis, acaso leer, multitud desheredada, que habéis producido y producís la riqueza social, ahí tenéis, los señores, vuestros amos os ofrecen la «fiesta de la raza»!

Mujeres condenadas al histerismo por una abstención sexual impuesta por los convencionalismos desnaturalizadores; mujeres de senos secos y de vientre infecundo; vosotras los estropajos, hijas del arroyo, carne de estercolero, vosotras, ¡oh! los amos, los señores, en vuestro honor han celebrado la «fiesta de la raza».

¡Bien que está, miserable! ¿Qué raza es la nuestra, la de estos pobres pueblos cuya sangre usurpáis avarientos? ¿Qué raza es nuestra raza de parias, de desechos, de ilotas, que llevamos marcado el estigma de mil ignominias, de mil atavismos cultivados por vuestra saña criminal!

¡Oh, la raza! Pueblos todos, acabad con tanta ofensa! En nombre de la especie humana, y no de una raza, reaccionad con fuerza y desaceos de todas las conyundas y lanzaos a la libertad plena, sin códigos ni órdenes, que allí se modelará el engrandecimiento verdadero de los humanos; la superioridad orgánica, complementaria a la superioridad racional de todas las facultades del hombre. Pero para eso hay que ser libres, derribar obstáculos, ¡vencer a todas las tiranías! ¡Y la raza más grande, será la «raza» de los pueblos libres!

Teatro Nacional

Los cultores de nuestro teatro, puede decirse sin petulancia alguna, pecan de un mal ingénilo: de acefalia intelectual. El teatro es delicado, difícil, no basta querer para poder, sino que hay que poseer condiciones. Y no todos los que intentan hacer incursiones en tal campo dan con la piedra de toque que hace perfilar su personalidad de dramaturgo. A la enorme balumba de obras nacionales de insulsas tramas, desprovistos de conceptos, insustanciales en argumentos, se agregan día a día al montón nuevas obras que nada dejan que desear a las paparruchas ya estrenadas. Parece que a nuestros cultores del arte escénico, les obsesionara más los estrenos para exhibicionismo que el verdadero rol que incumbe al teatro, como factor de cultura y de enseñanza y más que nada, como vehículo de sana moral. El gusto no lo hace el público sino los autores. En el teatro cabe desde la tragedia hasta lo cómico. Y no porque en el teatro entre lo trágico se debe llegar a la exageración que siempre es inverosímil, o, a lo grotesco porque dentro del teatro entra lo cómico. Precisamente, la habilidad de los escritores está en dar a cada tipo su exacta psicología sea cual fuere el género de teatro que se trate, para que su acción y expresión sea natural y real. Lo falso y ficticio, en el teatro, suele darnos la sensación de esas damas que suelen verse en los paseos, que, todas ataviadas y llenas de aceites dan su efecto, nada más. Y eso no es la misión de los autores disfrazar un armazón para dar la idea de lo real. Entre los autores nacionales abundan los revisteros y saineteros, — que tienen aceptación por cierta clase de público — de una mentalidad completamente chata, de gustos truculentos, que uno no se explica como pueden darse a los semejantes «engendros» de tan mal talento literario, desprovistos de concepción, de sátira, chispa, y de forma tan poco mesurada por la cordura. En ellas se estimulan las bajas pasiones — y de que mineral — se exterioriza a falta de ingenio y de gracejo, el chiste grosero; y emplean para embellecer esos mamotretos insulsos el lenguaje más soez. Se pretende hacer sátira y se llega a lo cursi; se pretende pintar la vida de arrabal y se hace escuela de delincuencia.

Helios de los Rios.

EN DERREDOR A LA REVOLUCION RUSA

La nota de Wilson enviada a todos los países beligerantes y neutrales, pidiendo su cooperación para intervenir en Rusia y concluir con el «terror rojo», ha sido contestada favorablemente por nuestro «canciller», el cual, incondicionalmente, se ha puesto al servicio de la «democracia» yanke, para cooperar a encarrilar a Rusia hacia el «buen camino» de la sumisión, de la explotación y volver al tiempo del terror blanco, en que todo marchaba a las mil maravillas para los zánganos de la gran colmena social.

Pero, en verdad, lo que hay en el fondo de todo este pedido de solidaridad internacional burguesa, y de toda esa interminable campaña difamatoria que la prensa mer-

Lo chabacano, lo antiestético, las escenas precoces e inmorales es lo que más nos obsequian esta clase de grafómanos. Es lo que pueden hacer estos espíritus áridos e interesados que especulan con sus paparruchas (engendros) la ingenuidad del público hasta que celebra con muestras de hilaridad y a lausos y con sendas despidientes carcajadas. También las comedias y dramas de nuestros autores son, puede decirse, del montón, y todo nuestro teatro puede asegurarse es un remedo del extranjero, — a excepción de algunos que los hay; y reconocemos — plagados de prejuicios de dicharachos mal sonantes, sin médula propia, carentes de tecnicismo teatral, escenas de efecto, eso sí, de mucho efecto... para poder salvar situaciones. Las obras de tesis, de tendencias, de crítica social, de argumentos sanos y moralizadores y culturales, que hagan pensar, que hagan palpar fragmentos de vida, que despierten emotividad por su arte, su belleza y su fondo, en una palabra, son muy pocos, tan pocos que se podría contar los que cultivan el teatro nacional con honradez y desinterés. Los que van al teatro para experimentar sensaciones y recoger alguna enseñanza sabia y ver defraudadas sus esperanzas por esos «engendros» no pueden menos que rechazar esas producciones llenas de precocidades y de morbosismo que, ciertos «críticos», las tidan en ciertas ocasiones de «atrevidas».

El teatro debe ser para el espectador el aula donde encontrar una enseñanza, una filosofía, una moral, y no jerga arrabalera e insulsa ni baladronadas del compardón o frases de doble sentido que luego pasan a ser casi estribillo del público. Si no se tiene capacidad o talento para hacer obras de tesis que son las que pueden enriquecer el teatro, no se escriba. Ganará el público y se cortará así el anatema de los hombres de buen gusto y que saben cual es el verdadero rol del teatro. En todos los campos de la actividad humana existen los especuladores, los mercaderes. El teatro no podía escapar a esta plaga. La prensa que es la encargada de bregar por el buen gusto es, la más de las veces, cómplice de los despropósitos y adioses teatrales, de hojarasca inútil, que ahoga al verdadero teatro: al teatro de tesis.

cenaria desde hace más de un año viene tejiendo al derredor de tan gran revolución, no es, precisamente, para dar término a la magna revolución rusa.

Porqué «¿qué importa — dice Marcelino Domingo (diputado republicano español) — a Rusia de los que la difaman y que ha de llegar a Rusia de la difamación? A lo que se va es a desmoralizar el procedimiento de emancipación seguido en Rusia para que lo repugnen como solución política los pueblos que anhelan moverse en un ambiente de mayor libertad o de mayor igualdad».

Y es eso precisamente lo que viene haciendo la prensa burguesa. Se han dado cuenta, los muy pillos,

que la revolución rusa no la sofocarán y procuran de desprestigiarla para que por lo menos no se extienda en los demás países.

Y para eso, no solo fabrican noticias para aterrorizar a los indiferentes, al pueblo incauto, sino que van más allá, hacen circular noticias contradictorias sobre su carácter, sobre persecuciones a personas militantes en las filas de los elementos avanzados para que nosotros, los anarquistas, le hagamos fuego a tan magna revolución, abandonándola a sus propias fuerzas.

¡Pero no lo han conseguido! ¿Cómo, por ejemplo, podíamos «ragar» la noticia de que a Kropotkin le iban a fusilar, sumirar, etc., etc., por no estar con el nuevo régimen?

Bien sabemos todos, las ideas abodólicas que Kropotkin tema antes de la revolución rusa y el uso y abuso de ellas hizo la prensa de la Entente; sin embargo, desde que Kropotkin llegó a Rusia, esa misma prensa no nos habló nada de lo que pensaba sobre el nuevo régimen el apóstol del anarquismo, y no nos dijo nada porque no convenía a sus intereses burgueses, indudablemente; la prueba entonces, más elocuente, de que Kropotkin debía de estar con el nuevo régimen fué el silencio de la prensa burguesa en derredor a ese hombre.

Sofia Casanova, corresponsal en Petrogrado del «A. B. C.» de Madrid, y bastante conservadora por más señas, nos decía en una de sus últimas — y que la prensa burguesa de Montevideo la ha reproducido — de que en Rusia, «las dos fuerzas que más predominaban eran el maximalismo y el anarquismo».

Bien, entonces, si el anarquismo es una de las fuerzas predominantes en Rusia ¿porqué los compañeros no impidieron la prisión de Kropotkin? Más bien, ¿porqué ellos, fuerza predominante, tomaron prisionero a Kropotkin?

¿Porqué, la prensa burguesa nos dijo, que únicamente en Estocolmo se había producido un mitin para protestar contra la prisión de Kropotkin, y que dicho mitin había sido organizado por socialistas?

¿Que tenían que ver los socialistas con Kropotkin, y esos mismos socialistas que están trabajando para hacer una contrarrevolución con el propósito de implantar un régimen que concilie también los intereses de los «pobrecitos» burgueses?

¿Verdad que esto es confusionismo puro?

Y es esto precisamente lo que persigue la prensa burguesa: calumniar, confundir, dividir las fuerzas que luchan para emanciparse del yugo de la explotación y de la tiranía, para que los señores burgueses y políticos puedan seguir viviendo aún tranquilamente.

Pero se equivocan. Los más nos hemos dado cuenta del «bluf» de la canalla dorada y, apesar del confusionismo, de los telegramas que nos condimentan, a través de las mentiras que el cable nos transmite, hemos podido vislumbrar el gran valor de la revolución rusa, su estabilidad, su continua progresión perfeccionadora y su inevitable extensión a todo el orbe.

Hagamos, entonces, caso omiso de todas las mentiras circulantes; estrechemos nuestras filas en todas partes; continuemos siempre optimistas y soñando en una próxima y inevitable transformación social; preparemosnos para contrarrestar la reacción burguesa que se iniciará

